

Pero yo decía á las personas tan ligeras en sus juicios : Madama de La Fayette no está loca. ¡ Ay! La pobre mujer está ahora muy justificada. Tenía dos pólipos en el corazón, y la punta del corazón marchitada. ¿ No era esto bastante para tener esas desolaciones de que se quejaba? Tuvo razón durante su vida, y ha tenido razón después de su muerte, y nunca le ha faltado ese claro talento que es su cualidad principal. Perdió el concimiento durante los cuatro últimos días que estuvo enferma. Para consuelo nuestro, Dios le hizo una gracia particular y que nos señala cuál es su destino; se confesó el día de Corpus con un recogimiento y una devoción que no podían provenir sino de El y recibió á Nuestro Señor, de la misma manera. Así, mi querida señora, consideramos esta comunión que ella acostumbrada á hacer en Pascuas, como una misericordia de Dios que nos ha querido consolar de que no haya podido recibir el Viático. » Así vivió y murió en una mezcla de dulzura triste y de vivos sufrimientos, de circunspección ante el mundo y de arrepentimiento ante Dios, esta mujer cuyas ideales producciones nos enamoran. ¿ Quién puede añadir más como materia de reflexión y de enseñanza? La carta á Madama de Sablé, *La Princesa de Cleves*, y la carta de Du Guet, ¿ no son toda una vida?

1.º de Septiembre de 1836.

## M. DE LA ROCHEFOUCAULD (1)

Es preciso saber evocar el espíritu y el fruto de su época. Hay un momento en la vida en el que La Rochefoucauld gusta más, y en el que parece más allegado á la verdad que lo que en realidad es. Los desengaños del entusiasmo nos llevan al cansancio. Madama de Sévigné decía que sería muy bonito ver una habitación tapizada con reversos de cartas. En su imprudencia no ve más que lo punzante y lo divertido. El hecho es que en un cierto día, todas esas bellas damas de corazón, esos nobles y caballerescos valetes de carreau (2), con los que jugábamos tan franco juego, cambian de dirección. Se habían dormido creyendo en Héctor, en Berta ó en Lancelot, y se despiertan en esa habitación de que nos habla Madama de Sévigné, no descubriendo en ella por todas partes, sino el anverso. Buscan en su escritorio el libro de la víspera que era Elvira ó Lamartine, y encuentran en su lugar á La Rochefoucauld. Abrámosle, pues, consuela á fuerza de tener más pena que nosotros; divierte. Estos pensamientos, que en la juventud nos sublevaban como demasiado falsos ó nos disgustaban, como demasiado verdaderos, y en los que no se veía más que la moral de los libros, se nos aparecen por primera vez en toda la frescura de la

(1) Nos ha parecido que no se podía separar M. de La Rochefoucauld de las mujeres que tan gran lugar ocuparon en su vida. A incluirlo por excepción en este volumen dedicado á nuestras glorias femeninas, no queremos dar ocasión á que piensen que su éxito fué éxito de mujeres, como de cuando en cuando llega hasta nosotros el rumor. Creemos simplemente hacerle un favor de que es digno, seguros de que no se quejará.

(2) En las cartas francesas el *valet de carreau* equivale á la sota de copas de los naipes españoles. (N. del T.)

novedad. Tienen también su primavera y al descubrirlos exclamamos: ¡Cuán verdad es! Hemos acariciado la secreta injuria y hemos saboreado el placer de la amargura. Este exceso puede en parte tranquilizarnos, y el entusiasmo por estos pensamientos es en cierto modo dejarlos atrás y el comienzo de la curación.

El propio M. de La Rochefoucauld, si nos es permitido hacer conjeturas, suavizó y corrigió discretamente ciertas conclusiones demasiado absolutas. Durante el tiempo que duró su unión delicada y constante con Madama de La Fayette, se puede decir que pareció abjurar de ellas, al menos en la práctica, y su noble amiga pudo felicitarle por haber reformado, ó simplemente alegrado su corazón.

La vida de M. de La Rochefoucauld, antes de su enlace con Madama de La Fayette, se divide naturalmente en tres partes de las que la Fronda no ocupa sino la de en medio. Su juventud y sus primeros destellos datan de antes. Nacido en 1613, entró en la sociedad á la edad de diez y seis años. No había hecho ningún estudio, y no añadía á su vivacidad de ingenio otra cosa que un buen sentido natural oculto tras una gran imaginación. Antes del nuevo texto de las *Memorias* descubierto en 1817, y que da sobre este primer período un sin fin de detalles particulares suprimidos por el autor en la edición hasta entonces conocida, no se podía dudar del grado caballeresco y novelesco á que llegó en los comienzos de su vida el joven príncipe de Marsillac. Buckingham y sus reales aventuras, parecen ser su punto de mira, como Catilina lo fué para el joven Retz. Todo el bello ardor de La Rochefoucauld se consumió en sus abnegaciones íntimas para con la reina desgraciada, con la señorita d'Hautefort y con la propia Madama de Chevreuse, y al emprender el camino de la abnegación y del sacrificio, volvía sin darse cuenta la espalda á la fortuna. Se indisponía con el rey, irritaba al cardenal, más ¿qué importaba? la suerte de Chalais y de Montmorency, de estos ilustres

decapitados parecía ser el atractivo de su juego. En cierta ocasión (en 1637, cuando tenía veintitrés ó veinticuatro años), la reina perseguida « abandonada de todo el mundo, — dice la Rochefoucauld, — y no atreviéndose á confiarse á nadie más que á la señorita d'Hautefort y á mi, me propuso que las robase á las dos y que me las llevase á Bruselas. Aunque en tal proyecto vi dificultades y peligros, puedo decir, que nunca tuve más alegría en mi vida. Y estaba en esa edad en la que nos gusta hacer cosas extraordinarias y de mucho ruido, y no encontraba nada mejor que robar la reina al rey su marido y al cardenal de Richelieu que era celoso, y quitar la señorita d'Hautefort al rey que estaba enamorado. » Todas estas fabulosas intrigas acabaron para él cuando la fuga de Madama de Chevreuse, con ocho días en la Bastilla y un destierro de tres años en Verteuil (1639-1642). Esto era un arreglo de cuentas bastante bueno tratándose de Richelieu, y este destierro un poco aburrido era aún más agradable, según su propia declaración, con las dulzuras de la familia (1), los placeres del campo, y, sobre todo, las esperanzas de un reinado próximo, en el que la reina le pagaría sus fieles servicios.

Esta parte primera de las *Memorias* era esencial, según me parece, para esclarecer las *Máximas*, y para medir toda la altura de que cayó el ambicioso caballero para convertirse en moralista. Las *Máximas* fueron la revancha de la novela.

Resulta de este primer período mejor conocido, que Marsillac, que tenía treinta y tres años bien cumplidos cuando su unión con Madama de Longueville, y treinta y cinco cuando su comunión con la Fronda, no llegó á esto sino desengañado, agriado, y para no ocultar nada, muy pervertido. Y esto, sin excusarlo explica mejor la conducta detestable que observó. Se le ve malvado desde el principio. No se oculta de los

(1) Se había casado muy joven con la Señorita de Vivonne, de la que no encuentro nada en relación con él, sino que tuvo cinco hijos y cinco hijas.

motivos que le impulsaron : « Yo no titubeaba — dice, — y sentía un gran placer viendo que cualquiera que fuese el estado á que me hubiesen reducido la severidad de la reina y el odio del cardenal (Marazino), siempre me quedaban medios para vengarme de ellos. » Mal pagado de su primera abnegación, se había prometido que no le ocurriría de nuevo.

La Fronda es, pues, el segundo período de la vida de M. de La Rochefoucauld. El tercero comprende los diez ó doce años siguientes, durante los cuales, se rehizo como pudo de las heridas físicas y se vengó, se divirtió, y se volvió hacia la moral en sus *Máximas*. La íntima unión con Madama de La Fayette que le consoló verdaderamente, no vino hasta casi después.

Se podría dar á cada uno de los cuatro períodos de la vida de M. de La Rochefoucauld el nombre de una mujer, como Herodoto da á cada uno de sus libros el nombre de una musa. Estas podrían ser Madama de Chevreuse, Madama de Longueville, Madama de Sablé y Madama de La Fayette. Las dos primeras, heroínas de la intriga y de la novela la tercera, amiga novelista y confidente, la última, tornando sin quererlo, á la heroína, por una ternura atemperada por la sabia razón, separando, mezclando los matices y haciéndoles encantadores como en un último rayo de sol.

Madama de Longueville fué la pasión deslumbradora; ¿ fué una sincera pasión? Madama de Sévigné escribía á su hija el 7 de Octubre de 1676 : « Cuanto á M. de La Rochefoucauld iba como un niño á volver á ver Verteuil y los sitios en donde ha cazado tan á su placer, y no digo en donde estuvo enamorado, pues yo no creo que lo que llaman enamorado lo haya estado nunca. » Él mismo, según Segráis, decía que no había encontrado el amor más que en las novelas. Si es verdad la *máxima* : « No hay más que una clase de amor, pero hay diferentes copias », el de M. de La Rochefoucauld y Madama de Longueville, podía ser muy bien, en efecto, una de esas mejores copias. Marsillac, cuando se unió con Madama de Longueville,

quería ante todo, vengarse del olvido en que la habían dejado, y la juzgó buena para sus deseos. Él nos cuenta cómo habló de ella con Miossens (1), que había sido su antecesor en sus amores : « Tuve motivos para creer que podría hacer un uso más considerable que Miossens de la amistad y de la confianza de Madama de Longueville, y así se lo hice reconocer. El sabía mi estado en la corte; le dije mis proyectos; pero mi consideración hacia él me haría abstener siempre y que no intentaría nada cerca de Madama de Longueville si no me daba antes su consentimiento. *Confieso que con intención le predispose contra ella para obtener esta libertad que deseaba, sin que, no obstante, le dijese nada que no fuese verdad* (2). Me concedió el permiso, pero luego le vino el arrepentimiento. » Sin duda también existía el atractivo y ayudaban el deseo y la imaginación. M. de La Rochefoucauld amaba las *bellas pasiones* y las creía propias de un *hombre honrado*. ¡Qué intención más bella para interesarse! Pero todo esto, por lo menos en su origen, ¿ no era una resolución premeditada?

Por lo que toca á Madama de Longueville no habría menos á reflexionar y á distinguir. No hay temor de sutilizar con ella el sentimiento, puesto que ella era más que sutil. En devoción, tenemos por Port-Royal sus exámenes secretos de conciencia y vemos que los refinamientos y los escrúpulos exceden á toda idea. En amor, en galantería era la misma, salvo los escrúpulos (3). Su vida y su retrato no podrían ser dibujados al pasar; merecen lugar aparte y lo tendrán. Su destino tiene tales contrastes y tales armonías en su conjunto, que sería una profanación desvirtuarle. Pertenecía

(1) Después mariscal de Albret.

(2) ¿ No admiran ustedes la franqueza? Durante La Fronda, el reroquete de La Rochefoucauld, era « El camarada franqueza. »

(3) Las mujeres creen que aman cuando no aman todavía : la preocupación de la intriga, la emoción del espíritu que causa la galantería, su natural deseo del placer de ser amadas y el trabajo que les cuesta el rehusarlo, las persuade de que sienten la pasión, siendo así que lo que sienten es la coquetería. » (Máximas).

á esa clase de mujeres de las que se murmura mucho; tanto de su corazón como de su belleza; pero tenía tal esplendor, tal expresión lánguida y tal encanto que atraía.

Había pasado de los veinticinco años cuando se unió á M. de La Rochefoucauld. Hasta entonces había intervenido poco en la política, aunque Miossens había intentado iniciarla. La Rochefoucauld se preocupó de ello y la hizo más activa que hábil, puesto que él mismo casi no lo fué.

El gusto natural de Madama de Longueville era el que predominaba en el hotel de Rambouillet. Nada le agradaba tanto como las conversaciones galantes y regocijadas, las distinciones sobre los sentimientos y las agudezas que atestiguaban la calidad del ingenio. Aspiraba á hacer ver que el suyo era de los de mayor sutileza, á fin de salirse de la generalidad, y figurar entre los escogidos. Cuando se creyó personaje político, no la molestaba que la creyesen menos sincera imaginándose que pasaba por más hábil. Las pequeñas consideraciones la decidían en los grandes momentos. Había en ella quimera, falsa gloria, lo que bautizaríamos también *poesía*, y siempre estuvo fuera de lo positivo. Su hijastra (1), la duquesa de Nemours, que ella no sacaba nunca de casa, argus poco indulgente pero muy en lo cierto, nos la muestra tal como era, en sus *Memorias* tan exactas; pero que no obstante querriamos menos rigurosas. La Rochefoucauld, á su manera, nos dice lo contrario, y él, tan bien situado para saberlo, se queja todavía de la facilidad con que se la gobernaba, y de la que él hizo tan gran uso sin llegar á ser el dueño: « ... Sus bellas cualidades eran menos brillantes á causa de un defecto que no se ha visto nunca en princesa de tanto mérito — dice, — y este defecto consistía, en que, bien lejos de poner leyes á los que la adoraban, se identificaba tanto con los pensamientos de ellos, que llegaba á olvidar los

(1) Hija de M. de Longueville en sus primeras nupcias.

suyos propios. » En todo tiempo, bien que fuese M. de La Rochefoucauld. M. de Nemours, Port-Royal ó M. Singlin quienes la gobernasen, Madama de Longueville se sirve menos de su cerebro que del de los demás.

M. de La Rochefoucauld, para guiarla en la política no era bastante fuerte, pues como dice Retz, « Hubo siempre un yo no sé qué en todo M. de La Rochefoucauld. » Y en una página maravillosa, en la que se esfuma el antiguo enemigo y no aparece sino el amigo malicioso (1), desarrolla este *yo no sé qué* definiéndolo por algo de irresoluto, de insuficiente, de incompleto en la acción, en medio de tan grandes cualidades: « Nunca fué guerrero aunque fué muy soldado. No ha sido nunca buen cortesano, aunque siempre tuvo intención de serlo. Nunca fué hombre de partido á pesar de que toda su vida fué política. » Y lo deja en él más hombre en la vida privada. En un sólo punto me atrevería á contradecir á Retz; niega la imaginación á La Rochefoucauld que á mí me parece la tuvo muy grande (2). Una vez más práctica la novela en el tiempo de Madama de Chevreuse, y bajo la Fronda, intenta la historia y la política y fracasó. La venganza y el despecho le impulsaban más que la ambición. Bellos restos de la novela se interponían, y la vida privada y la dulce pereza por donde había de acabar comenzaban á llamarle. Apenas había emprendido algo, estaba impaciente por salir de ello y sus pensamientos no estaban allí (3). Ahora, sabiendo cuán... era Madama de Longueville, podemos pensar en lo que llegó á ser desde que *este yo no sé qué* de M. de La Roche-

(1) La Rochefoucauld ha dejado un retrato de sí mismo. Los defectos los pinta como dignos de alabanza, y Retz, en el suyo, los elogios que hace son maliciosos é intencionados.

(2) Y hasta como escritor cuando dice: « No se pueden mirar fijamente ni el sol ni la muerte. »

(3) Matha decía de M. de La Rochefoucauld, « que todas las mañanas hacía un borrador y que todas las noches trabajaba para deshacerlo ».

foucauld fué su estrella, y alrededor de esta estrella, como otras tantas lunas sus propios caprichos.

Sería demasiado emprender el seguir estos caprichos, y respecto de M. de La Rochefoucauld el acompañarle, sería con frecuencia muy penoso y muy humillante (1) para los que le admiran. En él vale más el resultado que su carrera. Baste indicar que durante la primera Fronda y el sitio de París (1649), su ascendiente sobre Madama de Longueville fué completo. Cuando después de la prisión de los príncipes ella huyó á Normandía y desde allí por mar á Holanda, y luego á Stenay, se olvidó un poco de él (2). A su vuelta á Francia todavía fué dirigida por los consejos de M. de La Rochefoucauld, que ya los daba mejores á medida que se tornaba desinteresado. Por fin se le escapa totalmente en 1652 y presta oídos al amable duque de Nemours.

Le gustaba á Madama de Longueville, M. de Nemours, sobre todo porque le sacrificaba á Madama de Chatillón.

« Cuesta mucho trabajo, cuando ya no se ama, el romper. » Esta dificultad la salvó M. de Nemours y M. de La Rochefoucauld aprovechó la ocasión regocijado, haciéndose el ofendido. « Cuandos estamos cansados de amar, nos agrada que nos sea infiel para desembarazarnos de nuestra fidelidad. »

Él se mostraba satisfecho, pero no sin que en alguna ocasión sintiese amargura : « Los celos — ha dicho, — nacen con el amor, pero no siempre mueren con él. » El castigo de estas uniones está en que se sufre igualmente cuando persisten y cuando acaban. Quiso vengarse y obró con tanta maña, que consiguió que Madama de Chatillón reconquistase á M. de Nemours sobre Madama de Longueville, y que ya en el camino

(1) Esta palabra humillante no parecerá demasiado fuerte á los que han leído las memorias de la duquesa de Nemours y la triste escena del Parlamento con Retz. ¿ Cuántos desgarrones en el noble y galante jubón !

(2) « La ausencia disminuye las pasiones pequeñas y aumenta las grandes, como el viento apaga una vela y reaviva el fuego. » (Máximas).

del triunfo, hizo perder á esta última la confianza del príncipe de Condé á quien también se unió Madama de Chatillón. Madama de Chatillón, el Príncipe, M. de Nemours y La Rochefoucauld gozaba cruelmente. ¡ Así la herida era mucho más dolorosa para Madama de Longueville !

Poco tiempo después, M. de Nemours murió en un duelo con M. de Beaufort, y ( ¡ extravagancias del corazón ! ) Madama de Longueville le lloró como si aún le perteneciese. Las ideas de penitencia la preocuparon después.

M. de La Rochefoucauld fué el primer castigado de su odiosa acción; en el faubourg de Saint-Antoine, recibió una perdigonada en la cara que le dejó casi ciego durante algunos meses. Varias veces se han citado, y con todas clase de variantes los versos trágicos que parodió con este motivo. Mas nunca fueron dichos sinceramente puesto que ya en esta época estaba distanciado de Madama de Longueville.

¡ Por ese corazón inconstante que ahora conozco  
Hice la guerra á los Reyes; en ella perdí los ojos !

Todos somos así. Cuando ya no contestamos á la suerte sino con una burla á esta divisa heroica de la juventud :

Hice la guerra á los Reyes y la habría hecho á Dios

ya no hay ni seriedad ni tragedia; nos acompaña una profunda ironía.

Este fué el final de sus activos errores. Ya tiene cerca de cuarenta años, la gota se apoderó de su cuerpo y le vemos casi ciego. Vuelve á caer en la vida privada y se hunde en su butaca para no salir más de ella. Amigos devotos le rodean, y Madama de Sablé le presta los más tiernos cuidados. El hombre honrado debuta y el moralista se presenta.

M. de La Rochefoucauld se nos aparece circunspecto cuando está totalmente desinteresado. Así son los hombres; circunspección á un lado y la acción al otro.

El buen sentido llega á su colmo cuando no se ocupa más que en juzgar á los que no le tienen.

El *yo no sé qué* cuya explicación buscaba Retz, se reduce á esto que yo me atrevo á precisar: Su verdadera vocación era ser observador y escritor. Con sus diversas cualidades de guerrero, de político, de cortesano ensayadas, en ninguna fué completo y había en él algo esencial que se extraviaba y que descentraba el equilibrio. Sin que él mismo lo notase, tenía pensamientos ocultos en todo lo que emprendía, y este pensamiento oculto, era el de reflexionar cuando hubiese transcurrido cierto tiempo. Todas sus aventuras debían terminar para él no con cauciones, como en la Fronda, pero sí con máximas, con una burla encubierta y grave. Lo que parecía un despojo recogido por la experiencia después del naufragio, era el verdadero centro de su vida al fin encontrado (1).

Una ligera señal muy singular me parece indicar más aún en M. de La Rochefoucauld, esta vocación expresa de su naturaleza. Para un hombre de tanto mundo, tenía (nos lo dice Retz), cierto aspecto avergonzado y tímido en la vida civil. Huet, en sus *Memorias*, nos lo muestra realmente embarazado en público, y si hubiese tenido necesidad de hablarle oficialmente delante de un círculo de seis ó siete personas, los ánimos le habrían faltado. El temor á la solemne arenga le impidió siempre ser de la Academia Francesa. Nicole era así, y no habría podido predicar ni sostener una tesis. Una de las características del

(1) En plena Fronda se le escapó una frase con frecuencia citada que revelaba en él al futuro autor de las *Máximas*. Durante las conferencias de Burdeos, en Octubre de 1650, encontrándose un día con M. de Bouillon y el consejero de Estado Lenet en la carroza del cardenal Mazarino, éste se echó á reír diciendo: « ¿Quién habría podido creer hace ocho días que estaríamos hoy en la misma carroza? » *Todo ocurre en Francia* — replicó el moralista futuro. Y, sin embargo, como hace observar M. Bazin, aun estaba lejos de ver todo lo que debía ocurrir. Un moralista de la escuela de M. de La Rochefoucauld ha dicho: « No hay más que vivir para ver todo lo contrario de todo. »

moralista está en la observación á hurtadillas y en el arte que si hubiese tenido necesidad de vivir predicando, no habría podido. ¿Cómo se comprende esto en moralistas como La Rochefoucauld, Nicole y La Bruyère! Las *Máximas* pertenecen á ese género de cosas que no enseñan nada, y recitarlas delante de seis personas es ya demasiado. No se concede al autor sino que únicamente obraba con el cerebro. Cuando se quiere al hombre completo, nos acordamos más bien de Juan Jacobo ó de Lamennais (1).

Las *Reflexiones ó Sentencias y Máximas morales* aparecieron en 1665. Habían pasado doce años desde aquella vida aventurera y el disparo fué su última desgracia. En el intervalo, había escrito sus memorias que una indiscreción había divulgado (1662) á las que opuso una de esas negativas que no prueban nada. Una copia de las *Máximas* se descubrió también y fué impresa en Holanda. Y él terminó haciéndolas publicar

(1) M. de La Rochefoucauld no desconocía, aunque bajo otros nombres, esta diferencia. Segrias, en sus *Memorias*, cuenta lo siguiente: « M. de La Rochefoucauld era un hombre muy bien educado, que sabía guardar todas las conveniencias, y, sobre todo, que no se alababa jamás. M. de Roquelaure y M. de Miossens, que tenían un gran partido, tenían mucho talento, pero se alababan incesantemente. M. de La Rochefoucauld, hablando de ellos, decía, sin que estos fuesen realmente sus pensamientos: « Me arrepiento de la ley que me impone de no alabarme, pues si lo hubiese hecho tendría más partidarios. Ved á M. de Roquelaure y á M. de Miossens, que delante de veinte personas se adulan constantemente. De los que le escuchan tres solamente no pueden sufrírselos, pero los diez y siete restantes les aplauden y los miran como á gentes superiores á ellos. » Si Roquelaure y Miossens hubiesen unido el elogio de los que le escuchan á los suyos propios, el resultado aun habría sido mejor. » En un gobierno constitucional, en el que es preciso alabarse á sí mismo en alta voz (se tienen ejemplos de esto), y alabar á la vez á la mayoría de los asistentes, se ve que M. de La Rochefoucauld no habría podido ser otra cosa que un moralista. Todavía añadiría esta nota escrita después, pero que viene á ser lo mismo que lo que precede. « Hablaba hasta encantar delante de cuatro ó cinco personas; pero cuando se convertía en un círculo, y mucho más en auditorio, ya no podía hablar. Tenía gran miedo al ridículo y lo veía allí donde otros menos delgados no lo veían. Así se creaba obstáculos sobre los que otros habían saltado á pie juntillas. »

en casa de Barbín. Esta primera edición sin firma del autor, pero cuya paternidad está bien patente, comienza con un *aviso al lector* muy digno del libro, un *Discurso* que lo es mucho menos y que lo atribuyen á Segrais, lo que yo no creo, y en el que contestan á las objeciones que ya entonces le hacían, con citas de antiguos filósofos y de Padres de la Iglesia. El pequeño aviso al lector contesta mejor con una sola frase: « Es preciso estar en guardia;... no hay nada que demuestre más la verdad de estas *Reflexiones*, que el calor y el ingenio que pondrán en combatir las. » (1)

Voltaire, que ha juzgado las *Máximas* en algunas líneas breves y encantadoras, dice que ningún otro libro contribuyó más á formar el gusto de la nación: « Se lee rápidamente esta pequeña complicación. Acostumbraba á pensar y á encerrar sus pensamientos en una frase concisa y delicada. Este era un mérito que nadie en Europa había tenido antes que él, desde el renacimiento de las Letras. » Trescientos diez y seis pensamientos formando ciento cincuenta páginas tuvieron este resultado glorioso. En 1665 ya hacia nueve años que había aparecido *Las Provinciales*, y aun faltaban cinco para la publicación de los *Pensamientos* y veintidós para la de *Caracteres*. Los grandes monumentos en prosa, las elocuentes obras oratorias que consagran el reinado de Luis XIV no aparecieron hasta después de 1669, comenzando por la Oración fúnebre de la reina de Inglaterra. Se estaba pues en 1665, en el umbral del bello siglo, en el primer plano del pórtico, en visperas de *Andrómaca*. La esca-

(1) Y añadía: « El mejor partido que el lector puede tomar es convencerse de que ninguna de estas máximas se refiere á él en particular, y que él es el solo exceptuado, aunque ellas parezcan generales. Si se hace esto le respondo que él será el primero en suscribir las... » ¿ Por qué este intencionado *aviso* no se encuentra reproducido en ninguna de las ediciones ordinarias de La Rochefoucauld? En general, las primeras ediciones tienen una fisonomía que no es la suya, y poseen un no sé qué del autor, que las otras aumentadas y corregidas no dicen. Esto es exacto, sobre todo en las primeras ediciones de La Rochefoucauld y de La Bruyère.

lera de Versalles se inauguraba para las fiestas; Boileau al lado de Racine subía las gradas, á La Fontaine se le olvidaba, Molière dominaba ya, y Tartufo se ponía su capa. En este momento decisivo del impulso universal, M. de La Rochefoucauld, que gustaba poco de los discursos altisonantes, y que no era partidario sino de las charlas confidenciales, pronunció su frase: hubo un silencio y vió que había hablado para todo el mundo y que cada palabra era imperecedera.

Un misántropo cortés, insinuante, sonriente precedía y preparaba la venida del otro *Misántropo*.

En la historia de la lengua y de la literautra francesa, La Rochefoucauld es el primero en su género que viene después de Pascal y como en pleno Pascal (1). Tiene esta claridad y esa concisión de giro que Pascal sólo, en este siglo, ha tenido antes que él, que La Bruyère recogerá, que Nicole no ha sabido conservar, y en el que perpetualmente Voltaire fué el sello especial del siglo XVIII.

Si las *Máximas* pueden parecer en su nacimiento no haber sido sino un entretenimiento, un juego de sociedad, una especie de apuesta entre gente de ingenio que jugaban á los proverbios, ¡ cómo adquieren importancia por su resultado, y como toman un carácter por encima de las circunstancias! Saint-Evremond y Bussy, que han sido comparados á La Rochefoucauld por el talento, la bravura y las desgracias, son también escritores de calidad y de mundo. Son muy agradables á veces, pero tienen, me parece, algo de la corrupección de la Regencia. Como moralista, M. de La Rochefoucauld es severo, grande, sencillo, conciso, llega hasta la belleza y pertenece al puro Luis XIV.

No se puede alabar bastante á La Rochefoucauld de una cosa, y es que diciendo mucho, no expresa nunca

(1) Este murió en 1662, pero la colocación en orden de sus *Pensamientos* y su publicación, fueron retardados á causa de las querellas jansenistas, hasta la época llamada de la paz de la Iglesia 1669. Resulta de este retraso que La Rochefoucauld no pudo inspirarse en nada suyo, y así quedan ambos perfectamente originales y colaterales

demasiado. Su forma es siempre honrosa para el hombre cuando el fondo lo es tan poco.

En corrección es de la escuela de Boileau y antecesor de *Arte poética*. Algunas de sus máximas han sido corregidas más de treinta veces, hasta que consiguió la necesaria expresión. Y esto, no obstante, no parecen fueron causa de tormento para el autor. Este pequeño volumen original cuyo primitivo ordenamiento fué alterado después, ofreciendo sus trescientos quince pensamientos tan breves encerrados entre las consideraciones generales sobre el *amor propio* al principio y sobre el *desprecio á la muerte* al final, me gusta mucho más que las ediciones siguientes en todo armoniosas, en los que cada detalle espaciado detiene la atención. La perfección moderna del género está en esto; es el aforismo sutil y cortés. Si se puede admirar á Racine después de Sófocles, se puede leer á La Rochefoucauld después de haber leído á Job, Salomón, Hipócrates y Marco Aurelio.

Tantos talentos profundos, sólidos ó delicados han hablado después, que sería una temeridad querer añadir algo más. Citaré, entre otros cuyos escritos tengo á la vista, Suard, Petitot, Vinet, y el más reciente Gerugez. Apenas si queda nada por desgranar.

Nadie ha tratado mejor la filosofía de las *Máximas* que M. Vinet (1). Está muy de acuerdo con Vauvenargues, que dice : « La Bruyère era acaso un gran pintor, pero no era un gran filósofo. El duque de La Rochefoucauld era filósofo y no era pintor. » Alguien ha dicho, corroborando esta opinión : En La Bruyère el pensamiento parece más bien una mujer bien arreglada que una mujer bella. Tiene menos cuerpo que elegancia. » Mas sin pretender empequeñecer de todo á La Bruyère, se puede encontrar en La Rochefoucauld una observación más grande, una vista más penetrante. Hasta creo que hubo en él más sistema y más unidad de principios que lo que Vinet le reconoce, y que por

(1) *Ensayos de Filosofía moral* (1837).

eso está más justificado el nombre de filósofo que el ilustre crítico le acuerda. Los *á menudo, algunas veces, casi siempre y en general* con que modera sus conclusiones un poco desagradables, acaso sean precauciones corteses. Al mismo tiempo que acierta con el resorte, parece retroceder, cuando le bastaría con no soltar su presa. Después de todo, la filosofía moral de La Rochefoucauld no está tan opuesta á la de su siglo, y aprovecha esta semejanza para atreverse á ser franco. Pascal, Molière, Nicole y La Bruyère no adulan apenas al hombre; los unos dicen el mal y el remedio y los otros no hablan sino del mal. Vauvenargues, que fué uno de los primeros en intentar esta rehabilitación, lo hace observar muy bien : « El hombre — dice, — cayó en desgracia ahora con todos los que piensan, los cuales están en pugilato á quién le achacará más vicios ; mas acaso esté á punto de rehabilitarse y de hacerse restituir todas sus virtudes... y acaso más (1). » Juan Jacobo se ha encargado de este *acaso más* y tan lejos lo ha llevado que casi podría creerse en su agotamiento. Mas no; no puede acabarse tan bello camino; la veta sublime crece cada día. El hombre está tan rehabilitado en nuestros días, que no se atreverían á decirle en alta voz ni casi á escribir lo que pasaba por verdad inconcusa en el siglo xvii. Es un rasgo característico de nuestros tiempos. Cualquier talento que hablando no es menos irónico que un La Rochefoucauld (2), en cuanto escribe ó habla en público exalta la naturaleza humana. Se proclama en la tribuna lo bello y lo grande. El filósofo no practica más que el interés y no predica sino la idea pura (3).

(1) Vauvenargues repite este pensamiento en dos sitios y casi en los mismos términos.

(2) Benjamin Constant, por ejemplo.

(3) Un descendiente del autor de las *Máximas*, el duque de La Rochefoucauld, el amigo de Condorcet que era su oráculo y nutrido de todas las ideas y de todas las ilusiones del siglo xviii (ver su retrato en el tomo III de las obras de Roederer y en el tomo I de las *Memorias* de Dampmartin) ha escrito una carta á Adam Smith en Mayo de 1778, sobre las *Máximas* de su abuelo. En esta carta, al mismo tiempo que